

**Review / Reseña**

López Calvo, Ignacio, ed. *A History of Chilean Literature*. Cambridge: Cambridge University Press, 2022. 654 pp.

**Fernando A. Blanco**

Bucknell University

El título del volumen editado por Ignacio López Calvo, *A History of Chilean Literature*, publicado por Cambridge University Press (2022), nos invita desde la imagen de la portada, inspirada en la icónica fotografía del estallido de octubre de 2019 en Chile de Francisco Guerra García Campos, a pensar los procesos de simbolización en su entrecruzamiento socio-político e histórico cuya resignificación estética de la experiencia colectiva se corresponde con imaginarios, posicionalidades e individualidades refractarias a la hegemonía en clave transnacional. Una mirada que pretende esquivar, aun cuando el título del volumen lo reafirme, los criterios tradicionales del campo de los estudios literarios. De acuerdo con su editor, “from multiple chronological, thematic and theoretical perspectives, this book thus provides a comprehensive and inclusive view of canonical works and authors as well as those traditionally marginalized and silenced” (17), renovando las interpretaciones del canon nacional por medio de la redefinición de un corpus que integra diálogos hemisféricos en el análisis y reflexión sobre la producción cultural local junto con sus influencias y diferencias históricas, materiales, espaciales, temporales, lingüísticas, epistémicas e ideológicas. Treinta ensayos, en su mayoría dedicados a los siglos XX y XXI, documentan esta historia poética del pensamiento estético y político de algo más de quinientos años, en una sucesión de autores, tendencias, estilos, movimientos e identidades cuya recepción crítica propone, a partir del pensamiento disciplinar de cada uno de los colaboradores, acercamientos

y discusiones que buscan movilizar una cierta tradición crítica que ha sido encapsulada por la racionalidad nacionalista.

El trabajo es enorme y debe celebrarse, aunque el resultado deje al lector a veces perplejo frente a la organización del propio corpus. Uno de los cuestionamientos posibles de ser planteados es el de entender cómo se ha hecho la selección de “los canónicos” y los “tradicionalmente marginales” incluidos en el libro. El volumen en su introducción simplifica esta disyuntiva cerrando la posibilidad de discutir la falta de algunos nombres indicando simplemente que “space limitations do not allow for their inclusion” (2). Algunas de estas omisiones no son justificables bajo el argumento esgrimido. Se echan de menos estudios dedicados a Augusto D’Halmar, Juan Emar, Marta Brunet, María Luisa Bombal (quien no aparece ni siquiera mencionada en varias de las enumeraciones), Manuel Rojas, Carlos Droguett, Diamela Eltit y Pedro Lemebel. Estos autores son para cualquier especialista de la literatura chilena nombres esenciales que por derecho propio debían de haber tenido una mayor atención crítica en comparación con otros cuya condición de “best-selling” o “one of the more widely read Spanish language authors” no alcanza para justificar haberles dedicado un capítulo completo (16). Evidentemente el impacto en los mercados literarios de las grandes transnacionales del libro y el consumo de este tipo de insumos culturales—incluidas las propias editoriales universitarias—no es un tema menor y quizá debiera haber sido abordado críticamente como plantean, por ejemplo, los trabajos de Mabel Moraña y Ana Gallego Cuiñas en *Latin American Literatures in Global Markets* (2023). En cambio, la lógica de la edición relega a algunos de ellos a una o dos páginas, o ninguna como ocurre en el caso de Bombal, privilegiando la novedad de enfoques en desmedro del rigor necesario para reconocer a escritores fundamentales sin los cuales entender las continuidades y rupturas del canon literario chileno resulta incomprensible.

La promesa de ser único en su especie—la excepcionalidad—a veces es temeraria, no lo deja tampoco indemne. *La historia crítica de la literatura chilena* (LOM 2017, 2018, 2021), bajo la coordinación general de Carol Arcos y Grínor Rojo, con editores invitados por volumen, entre los que se cuentan Stephanie Massmann y Bernardo Subercaseaux, antecede a este proyecto en español, con tres de sus cinco tomos ya publicados. El contrapunto entre ambos estudios es evidente al igual que la presencia de varios autores incluidos en ambos compendios. Por un lado, la mirada de los críticos chilenos pretende “reunir un corpus coherente de crítica contemporánea sobre el desarrollo de la literatura nacional”, por otro, la intención del volumen de López Calvo es la de operar en la dirección inversa. Invitando al diálogo hemisférico “on a more inclusive Chilean literary production” (17).

El libro editado por López Calvo, enmarcado por un interés hemisférico, como hemos planteado en el diálogo que proponen sus colaboradores, cuenta con excelentes contribuciones como son los artículos de Alvarado, Cabello Hutt, Corral, Dawes y Correa-Díaz, Fitch, Sepúlveda, Prieto, Viereck y Villegas, entre otros. Incluye, además, lo que debía de haber sido concebida como una sección independiente dedicada a la producción de autores asiático-chilenos, árabe-chilenos, judío-chilenos y croata-chilenos—sin duda prometedora, rica en su visibilización de autores y autoras e indicativa de nuevas aproximaciones al canon nacional.

Esta historia de la literatura chilena se encuentra dividida en tres secciones. La primera de ellas, “Proto-Chilean, Colonial Chronicles, and Letters”, comprende cinco ensayos en los cuales, con diferentes acentos críticos (género, etnia, retóricos), se exploran diferentes archivos coloniales literarios y extra-literarios que documentan, registran o poetizan la elaboración de los imaginarios identitarios en la Capitanía General de Chile (1541-1817) desplegados por la administración política, militar, económica y eclesial durante los primeros siglos de la colonización imperial española. La revisión de textos clásicos del periodo va desde las *Cartas de Relación* de Pedro de Valdivia junto con la *Crónica* de Gerónimo de Vivar, *La Araucana* de Alonso de Ercilla, la *Histórica Relación* de Alonso Ovalle, hasta el *Manifiesto Apologético* y *El Cautiverio Feliz* de Diego de Rosales y Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán respectivamente. Junto con el rescate de archivos legales y judiciales de conventos y particulares como los de Úrsula Suárez y Dolores Peña y Lillo, la revisión de estos textos nos entregan cuidadosas lecturas que contextualizan los debates desde el presente para hacer que el pasado nos permita observar de qué modo se fueron fraguando los basamentos institucionales legitimados por imaginarios letrados—como ya ha propuesto Castoriadis—que todavía hoy definen una sociedad altamente jerárquica, xenofóbica, clasista y racista como la chilena.

La segunda parte del libro lleva por título “Nineteenth-Century Articulations of an Embryonic National Consciousness” y recoge seis ensayos que abordan las contribuciones a la formación de una cultura letrada nacional de individuos, instituciones, prácticas culturales, tecnológicas por medio de géneros literarios mayores y menores. Acompañan estas intervenciones a los procesos de independencia y modernización de la República, a través de los idearios políticos conservadores (1831-1861) y liberales (1861-1891) hasta la crisis de la guerra civil bajo Balmaceda. Es una sección equilibrada en la que destacan lecturas lúcidas y provocadoras. El primero de los artículos, firmado por Carol Arcos, sugiere una serie conceptual en la que términos como *civic maternity* y *failed citizenship* (123) dan cuenta de una idea del sujeto femenino reducido a representar una función

reproductiva al interior del paradigma nacional del que formará parte hasta entrado el siglo XX y cuya intervención en la esfera pública letrada, aunque paradójica por la naturaleza de su posición de privilegio y su sujeción marital civil y económica, pavimentará las futuras generaciones de autoras contestarias y beligerantes. El siguiente ensayo de Marina Alvarado es una excelente pieza en la que se analiza la tradición del folletín literario en su vertiente francesa como un poderoso agente de intervención social en la intersección de las esferas pública y privada, desde la prensa, para adelantar la educación de lectores tal como más adelante lo hará el melodrama desde el cine y la radiofonía en el siguiente siglo. La escritura abierta, clara del capítulo se agradece, así como la inteligencia en el análisis de las contribuciones de Lastarria y Bilbao a los repertorios literarios nacionales en un diálogo fructífero con el capítulo diez, también de su autoría, en el que el centro de la discusión lo ocupan los mercados literarios. La tercera contribución pertenece a Eduardo Barraza. En ella se construye un panorama detallado sobre la gestación y consolidación de la novela histórica nacional desde la forma proteica del folletín y otros relatos documentales de los modos de producción de la sociabilidad decimonónica. Los puntos de tensión crítica con el ensayo que le precede en el libro amplían las posibilidades para pensar una teoría sobre la novela social-histórica desde posibilidades interpretativas que no se cierran sobre el pasado, sino que por el contrario se abren a la futuridad en clave de afectos benjaminianos. Las dos autoras que restan en este apartado contribuyen a renovar las lecturas del diecinueve desde dos ópticas diferentes, una literaria y otra teórica. Lorena Amaro recoge su investigación sobre la narrativa autobiográfica para leer a los sujetos del género estudiados (Pérez Rosales, Barros y Smith) como testigos de su tiempo a la vez que, como querría Kathya Araujo en *Dignos de su Arte* (2009), presentarlos como orfebres de la subjetividad proto moderna, marcada por la entrada de la mujer a la esfera pública y el ascenso de las clases medias, desplazando los relatos verticalistas de las élites. Cierra la sección María Rosa Olivera-Williams quien por medio de la figura de Rubén Darío diseca la modernidad chilena en clave estético-política por medio de un pormenorizado recorrido histórico y poético de eventos militares e influencias literarias desde los cambios materiales y simbólicos que conllevó la modernización del país.

La tercera parte del volumen “Beyond Chileanness: Heterogeneity and Transculturation in Canonical and Peripheral Twentieth- and Twenty-First-Century Literature” recoge diecinueve colaboraciones y presenta la evolución del canon nacional bajo nuevas coordenadas críticas. Los aportes son notables en la recuperación de lecturas de autores como Mistral, Donoso, Neruda, Bolaño, Zambra o de espacios culturales—“Chilean Cultures” (196)—destacando la

presencia de la literatura e imaginarios mapuche, asiático, croata, judío, árabe, latino, además de otros géneros y lenguajes como el teatro y el cine. Esta enumeración destaca lo mismo que complica al volumen, la falta de claridad en los criterios metodológicos para proponer ciertas figuras por sobre otras, ordenar la racionalidad de los enfoques y justificar la presencia en una historia que se nombra literaria, contribuciones de otros ámbitos y registros simbólicos.

Un elemento que llama la atención en el caso de una editorial como *Cambridge University Press* es el descuido en el proceso de edición. Impresiona el número de errores formales comenzando por las biografías de los autores en las que no hay consistencia en el uso de la norma inglesa versus la hispana, como, por ejemplo, al indicar el rango académico del autor o autora; esto se extiende a varios de los artículos. Otros errores de precisión como la pérdida de la “G” en el acrónimo LGBTQ (4), de vocales en varios nombres propios (65, 96, 116, 228), el uso inconsistente de la tilde en varios de los artículos (“Perú” es el caso que más se repite), la supresión del nombre propio en beneficio de la mención del apellido de algunos autores al incluirlos en alguna enumeración (15, 139), faltas ortográficas y de escritura, son equivocaciones que no pueden permitirse en una propuesta de esta envergadura.

La consistencia estilística no es el único problema. El rigor en el contenido es otro elemento preocupante para un texto pensado como un referente de consulta para el campo de aquellos dedicados al estudio de la literatura chilena. Faltas como incluir a la cineasta y guionista Marialy Rivas entre los escritores LGBTQ (15) o indicar que “the twenty-seven years of military rule, and the eventual return to a divided democracy” (593) debían de haberse resuelto desde la edición. Hay otros ejemplos más complejos de discutir en una reseña que hubieran ameritado una nota del editor para aclararlos, tales como la utilización de ciertas palabras del sociolecto chileno destacando supuestas connotaciones racistas en uno de los artículos.

Un volumen ambicioso y provocador que interesará a investigadores de la literatura latinoamericana y del Cono Sur, el que sin duda, suscitará discusiones renovadoras para el campo.